

Las islas de los Ladrones, llamadas despues las Marianas por la madre de Carlos II, que mandó á ellas misioneros, estaban pobladas de gente tosca que ni aun conocia el fuego; pero eran fertilisimas y abundaban en árboles del pau. Ninguna situacion mejor que esta para hacerla centro del comercio de las dos Indias y (atendiendo tambien á las ideas exclusivas de entónces) impedir á cualquiera otra nacion dirigirse al Oriente por el Mar Pacifico. Pero los Españoles, no comprendiendo la riqueza, sino bajo la forma del oro, tardaron siglo y medio ántes de poner allí establecimientos, no obstante que sus naves tocaban en este punto al pasar desde América á Manila; siempre procuraban gastar el ménos dinero posible. Felipe fué inducido por los Jesuitas á mandar misioneros, los cuales obtuvieron próspero suceso, miéntras emplearon la paciencia y la caridad; pero alguna vez buscaron el apoyo de la fuerza, y entónces las naturales odiaron la religion y todo fué de mal en peor.

CAPÍTULO XVII

Holandeses, Daneses, Franceses é Ingleses en Asia.

Los Holandeses, emancipados de España por medio de esfuerzos generosos y dramáticos que referirémos en otro lugar (1), no era posible que se sostuviesen sin el comercio. Conociólo Felipe II, y como Napoleon á Inglaterra, creyó del mismo modo que arruinaría á Holanda cerrándole las fuentes de su riqueza y poder, y habiendo unido su corona á la de Portugal, donde los Holandeses tomaban sus drogas, prohibió todo tráfico con estos. Tan inconveniente disposicion produjo el acostumbrado efecto de prosperar aquellos en cuyo daño habia sido tomada; porque los Holandeses prefirieron entónces irlos á buscar ellos mismos á las Indias, y no atreviéndose al principio á ponerse frente á las escuadras españolas, buscaron un paso por el Septentrion, empresa en que no tuvieron buen éxito.

Cornelio Hoohtmán, estando prisionero de guerra en Lisboa, se informó cuidadosamente del viaje á las Indias que se ocultaba siempre con gran cautela, y ofreció á los mercaderes de Amsterdam conducirlos á aquel punto si pagaban su rescate. Habiéndosele dado oídos guió á la primera flota holandesa que atravesó el Océano, la cual llegó por el África y el Brasil á las Maldivas; se alió con el principal soberano en Java y venció á los enemigos que le suscitaron los Portugueses, y volvió con muchas riquezas y mayores esperanzas.

con los hábitos disminuyó las entradas, como sucede cuantas veces se establecen cosas nuevas; mas tarde vendrá lo útil. Hace John Bowring una descripcion de aquel país (*A visit to the Philippine Islands*. Londres, 1839), burlándose tanto de los colonos como de los Tagalos; pero lo que de ellos dice mas bien induce á envidia que á burla.

(1) Lib. XV, c. 23.

(Nota de 1862.)

Por tanto los negociantes de Amsterdam se resolvieron á poner un establecimiento que les asegurase el comercio de la pimienta, y les abriese el paso á la China y al Japon. Van Neck pasó á aquel punto con ocho bajeles, y estableciendo bancos en Java, y en muchas de las Molucas, fueron estas á poco tiempo reducidas á la obediencia de Holanda. Multiplicáronse entónces las sociedades particulares, y á fin de que no se perjudicasen una á otra y pudieran resistir á sus numerosos enemigos, fueron reunidas por los Estados Generales en la *Compañía de las Grandes Indias*, dándoles el privilegio de los terrenos comprendidos en la otra parte del Cabo Magallanes, y el derecho de hacer la paz y declarar la guerra á los príncipes de Oriente, fabricar fortalezas, y nombrar oficiales de policia y de justicia. Comenzó con un fondo de 25.000,000 de francos, y estaba gobernada en la patria por un gran consejo, compuesto de sesenta individuos, que elegian diez y siete directores; en la India un gobernador general tenia á su cargo la administracion civil y militar, asistido de un consejo superior, entre cuyos miembros eran escogidos los gobernadores particulares y el general. Sencilla era la estructura de la compañía holandesa, y todas sus posesiones fueron amuralladas en los setenta años (1602-72) de su mayor florecimiento. Económica, sin lujo ó vanagloria, pensaba solo en limitar los gastos y aumentar las ganancias; hacia el comercio de cambio vendiendo en Java mercancías europeas, para cambiarlas por drogas, y no emprendia negocios sino con los príncipes de la isla.

Fué el modelo de las compañías, necesarias cuando ni los particulares ni los Estados eran capaces de tanto gasto, y cuando la experiencia no habia demostrado todavia las desventajas del monopolio. No tardó en adquirir grande importancia. El almirante Warwick, verdadero fundador de las colonias holandesas en Oriente, habia ido allí con catorce navios, y aunque se le opuso débilmente la escuadra portuguesa, fortificó un establecimiento en Java y otro en los dominios del rey de Johor, con una rada muy cómoda; hizo alianzas con muchos príncipes de Bengala, y miéntras los Portugueses con heróica avaricia destruían toda resistencia y traficaban con la espada desnuda, los Holandeses con paciencia y mas ambicion de oro que de gloria, procedian por medio de tratados y lisonjas sin dejarse intimidar por esto con la guerra, ántes por el contrario la sostuvieron obstinadamente contra los Portugueses, haciéndola provechosa para sí mismos.

Iban, pues, en decadencia los establecimientos de los Portugueses. Los Ingleses, enemistados con ellos, auxiliaron con una escuadra á Abbas, famoso shah de Persia, el cual hacia mucho tiempo que pensaba en conquistar á Ormuz, y esta ciudad, aunque defendida valerosamente, tuvo que capitular, despues de haber pertenecido á los Portugueses por espacio

de ciento veinte años. Los Ingleses no obtuvieron con esto ventaja alguna; pero los Portugueses recibieron un golpe mortal en Oriente. Destruida Ormuz, quedó convertida en un desierto promontorio de sal, y su comercio se trasladó á Bender Abbasi.

Entretanto los Holandeses, que se habian apoderado de Tidór y de Ambóina, que llegó á ser su colonia principal, fijaban su vista en la China. Los Portugueses desde que se habian establecido en Macao, estaban prevenidos para cerrarles la entrada en aquel país; pero ellos persistieron con una pertinacia inflexible. Habiendo sido vencidos, se dirigieron á las islas de los Pescadores, escollos estériles y áridos, fundaron allí un establecimiento holandés, y desde este punto esperaban una ocasion oportuna, así como ántes la habian esperado entre los diques de su patria. Y en efecto, los Chinos, descontentos de los Portugueses, les ofrecieron un comercio regular y la posesion de Formosa. Era esta una isla de ciento cuarenta leguas de circunferencia, rica y devastada en poco tiempo por los degenerados Tártaros que la poseían. Habiendo invadido en aquel tiempo la China otros Tártaros para sustraerse á la dominacion de aquellos, la Formosa fué recuperada por cien mil Chinos que la poblaron y llevaron á ella sus artes, de modo que en poco tiempo llegó á ser el mercado mas rico del Asia.

Con la misma prosperidad penetraron los Holandeses en el Japon, adonde fueron acogidos como enemigos de aquellos Portugueses que no solo atentaban contra su religion, sino tambien contra su independencia nacional. Habiendo naufragado un buque holandés en la isla de Quelpaert, á doce leguas al Sur de la Corea, fueron presos los navegantes, y aunque se les trató humanamente, no pudieron volver á embarcarse, y entraron al servicio de los nobles. Reducidos despues á la miseria por una revolucion, algunos de ellos consiguieron huir al Japon y á Holanda, dando á conocer á esta última la Corea, que estaba dominada por los Manchúes. No tardaron mucho los Holandeses en desembarcar en ella, y por mucho tiempo fueron los únicos que sin rivalidad alguna explotaron sus riquezas.

No fueron tan prósperas sus expediciones en América; sin embargo, siempre volvian de ellas con pingües presas, cogidas á los Españoles y Portugueses, y en 1628 se apoderaron de un galeron, ademas de conquistar el Brasil. En África quitaron tambien á los Portugueses el Cabo de Buena Esperanza, conociendo cuán importante les sería su posesion. Baste decir que en trece años la compañía llegó á armar ochocientas naves, que costaron noventa millones; vendió por ciento ochenta millones quinientos cuarenta y cinco bajeles cogidos á los enemigos, y pagaba sus dividendos al veinte por ciento, y algunas veces al cincuenta. Deseaba sobre todo prosperar en las Molucas, empresa nada fácil, porque cada isla formaba un Estado indepen-

diente, y aun algunas como las Célebes y la de Java estaban divididas entre varios príncipes. Era, pues, preciso ganarlos ó someterlos uno á uno; empresa larga, y tanto mas cuanto que los Holandeses formaron el propósito de limitar el cultivo del clavo y de la nuez moscada solo á las islas de Ambóina y de Banda, por lo cual se vieron en la precision de andar de un lado á otro para obtener, arrebatar ó comprar el extraño derecho de desterrar de las demas islas aquellas plantas, adquiriendo con inmenso dispendio un monopolio tan difícil de conservar. Esta obstinacion, verdaderamente holandesa, fué coronada por el éxito; pero despues de esperar por mucho tiempo el momento oportuno.

En premio de los socorros que prestaba al emperador de Mattaram, llegaron paso á paso á obtener por completo la isla de Java. Habiendo querido el rey de Jactra desalojarlos de esta, acometieron á su ciudad, capital de esta isla, y habiéndola destruido, fabricaron en su lugar á Batavia, centro de su comercio en Asia. En 1641, habiéndose aliado con el rey de Atchek, quitaron á los Portugueses á Malaca, que daba á su posesor la llave de aquellos mares.

En la costa del Malabar, punto en que los Portugueses se habian arraigado mas profundamente, fué donde se prolongó la lucha, donde salieron superiores los Holandeses, tomando á Cochín, Cananor y la fabulosa Ceilan. El reino de Siam estaba ya bajo su proteccion, y habiéndoles aquel rey respondido altaneramente en cierta ocasion, la compañía reclamó sus agentes, hasta que fueron solicitados con instancias.

En la costa de Coromandel, no apreciada en lo que valia por los Portugueses, se iban extendiendo los Holandeses, ocupando las grandes y antiguas ciudades de Sadraspatnam, Paliacátes, Bimilipatnam, Negapatnam, donde sin concurrencia ejercian el comercio. Preparóse un excelente punto de descanso á las numerosas flotas, que venian á este comercio armado, con haber quitado á los Portugueses el Cabo de Buena Esperanza, desde el cual hasta Formosa dominaban los Holandeses. Entónces la compañía tuvo que ocuparse en otra cosa á mas del comercio, á saber: en gobernar, dar leyes, tener soldados. Java estaba dividida en aldeas, y estas en familias con un jefe, muchos parientes, amigos y operarios, que trabajaban á sus órdenes, y que debian pagarle la mitad ó dos quintos del arroz. Los príncipes tenian derecho á un quinto, y el que tenia á servicios personales era mudable, para cuyos servicios el jefe de casa destinaba alguno de sus individuos en compensacion de lo que le debian. Los Javaneses soportaban por hábito sin murmurar este agravio, y cuando era demasiado excesivo no se revelaban, pero emigraban.

Hubiera convenido á los Holandeses respetar esta autoridad hereditaria de las familias; pero en lugar de contentarse con las compras que hacian á los jefes, quisieron explotar toda la

isla, lastimando sus hábitos con imponerle la clase de cultivo y el modo de verificarlo. La compañía se apropió el impuesto anual que se pagaba ántes á los descendientes de los reyes, dejando el cuidado de repartirlo entre las familias á los empleados de cada distrito; pero como estos podían cometer abusos en tal operación, se decidió que en reemplazo de los servicios corporales, plantasen anualmente mil piés de café, y que una vez cogido y secado lo entregasen á la compañía, guardando para sí el arroz, con deducción de la décima parte que correspondía al funcionario.

La administración ocasionó muchos gastos, y exigió demasiadas tropas: los magistrados, que compraban su cargo, se indemnizaban por medio de exacciones, conducta que disgustó al país. Se habían establecido cinco gobiernos en Java, Ambóina, Ternate, Ceilan y Macassar, aumentándose luego el del Cabo, unidos todos al de Batavia, que tenía bajo su dependencia muchas comandancias y directorios. Esta ciudad fué construida en una excelente rada, á imitación de Amsterdam, con sus calles tiradas á cordel y sus canales cubiertos de árboles. Todas las mercancías compradas en el Asia debían ir á parar allí, desde donde eran deportadas á Europa. Acudían á ella muchos Chinos, á quienes los Holandeses, para vengarse de las humillaciones que les hacían sufrir en la China, trataban lo mismo que se trata en Europa á los Judíos, señalándoles un barrio separado, una señal distintiva, y sometiendo á continuas contribuciones. Los Chinos soportaban todo esto con tal que se les permitiese cambiar las porcelanas, el té, la seda y el algodón por el tripam, las nadaderas de los bueyes marinos, los nervios de ciervo, y los nidos de la Cochinchina, exquisito bocado para los golosos.

En 1672, los Holandeses, hostigados por Luis XIV, habían resuelto trasladarse á Java, mas bien que sufrir su yugo. Si lo hubiesen hecho, habrían continuado y extendido, en aquella situación tan favorable, el cambio de las especias por el grano; además hubieran ofrecido un asilo á los fugitivos de toda Europa, y aplicado los conocimientos europeos á una tierra de las más fértiles, impidiendo así quizá el engrandecimiento de la Inglaterra. Batavia ha llegado á contar quinientos mil habitantes: residen allí los dos consejos supremos; el de Indias para la política, y el de justicia para los asuntos ordinarios. El primero gobierna directamente á Java y sus dependencias, y envía órdenes á los otros gobiernos. El gobernador general, elegido por el consejo de Indias, confirmado en Holanda por los directores, ejerce facultades ilimitadas: tiene la llave de todos los almacenes, saca de ellos lo que necesita sin dar cuenta á nadie, dicta órdenes, en una palabra, es un déspota; pero que puede ser reemplazado. Su sueldo sube á ochocientos risdalers al mes, y además quinientos para la mesa, sin contar el sostenimiento de toda su casa. Tiene

corte y honores regios; va siempre rodeado de un séquito oriental, y los emolumentos asignados á su cargo le permiten acumular grandes riquezas en dos ó tres años, sin cometer ningún robo. El inmenso poder que le está cometido, al paso que puede ocasionar abusos, también le deja libre para remediar la letra de la ley cuando no la crea conveniente, y tomar las medidas que exigen las circunstancias. Los empleados están autorizados para ejercer una industria por su cuenta, á condición de no perjudicar los intereses de la compañía. El director general debe comprar todas las mercancías necesarias á esta, y vender las superfluas, y preside á todos los negocios.

La sociedad tenía una marina de ciento ochenta buques de treinta ó sesenta cañones, tripulados por doce ó trece mil hombres, y el mayor general mandaba las tropas, que se componían en parte de Europeos y en parte de milicias indígenas. La religión reformada era la única admitida en sus posesiones, contando muchos establecimientos para los pobres y los huérfanos; remedio necesario al decaimiento que se apodera de personas expuestas á tantos peligros, y que viven á gran distancia de su patria. En Amsterdam, Zelandia, Delft, Rotterdam, Hoom y Enkthuyen, se habían formado seis juntas de los principales accionistas, y algunos de estos eran designados para constituir la asamblea general, que decidía soberanamente; pero que debía dar cuenta cada tres años á los Estados Generales. Siendo muy ambicionados los empleos en la India, era fácil hacer buenas elecciones entre los muchos concurrentes. Mas de una vez la compañía envió al estatúder embajadores indios y chinos, lisonjeando de esta manera la vanidad europea, al mismo tiempo que los Asiáticos volvían con una alta idea de la civilización y del poder de Europa.

Realizáronse enormes beneficios en los primeros momentos, á pesar de los errores inevitables y de los gastos necesarios para proteger las expediciones, cuando aun no se había dispuesto que las escoltase la escuadra. Si es verdad que los doce primeros viajes produjeron á la compañía inglesa del noventa y cinco al ciento treinta y dos por ciento, los Holandeses debieron ganar más, en atención á que tenían más experiencia. Resulta de sus registros que, desde 1603 hasta 1693, sacaron de la India de sesenta á ciento veinte millones de francos al año en mercancías, que venden después á doble y triple precio en Europa. En 1655, la compañía realizó, después de pagados todos los gastos é intereses, cincuenta y un millones, y cerca de ciento en 1693 (1). Las acciones se elevaron á veces hasta un mil por ciento: en ménos de ciento treinta años se distribuyeron entre los asociados ciento ochenta millones de florines, rebajadas las grandes sumas que costó el privi-

(1) ED. SELBERG, *Über die vergangene und gegenwärtige Lage der Insel Java.*

legio, lo que se gastó en la construcción de las casas consistoriales de Amsterdam, y los socorros que se proporcionaron al Estado en las circunstancias difíciles: de este modo la marina se aumentó, sin que la población se disminuyese. Semejante riqueza ¿procedía acaso de las minas?

Pero la prosperidad duró poco: Batavia, rival de Goa y enriquecida excesivamente por la afluencia de barcos de todas las naciones, no tardó en corromperse, contrayendo los vicios de todas las razas de que era punto de reunión. Las casas de juego reportaban á la compañía cuatrocientos mil francos líquidos; el gobernador ostentaba el lujo de un monarca de Oriente; las mujeres de los consejeros mas insignificantes llevaban detras de sus carruajes y palanquines multitud de esclavos, deslumbrando con los diamantes; se bebía agua de Seltz, en lugar de la del país; las comarcas mas distantes contribuían al regalo de sus mesas, y poblaban sus serrallos con mujeres de todos colores, desde el ébano de las de Etiopía hasta la tez de nieve de las Danesas. Semejante lujo no podía sostenerse sino con ayuda de concusiones y de torpes ganancias. El pudor nacional, que nunca pierden los administradores de un Estado territorial, falta en los de un gobierno de mercaderes, cuyo único objeto es reunir oro, no considerándose los empleos mas que como un medio de enriquecerse. Añádase á esto un clima mortífero, hasta el punto de morir en cincuenta y dos años en el hospital de la compañía ochenta y siete mil hombres, entre marinos y soldados. Por otra parte, los indígenas, no del todo avasallados, atacaban de tiempo en tiempo la ciudad, en fin, la rivalidad de los Franceses y de los Ingleses consiguió atraer al continente gran parte del comercio que formaba el orgullo de Batavia.

La prosperidad de la compañía había despertado la desconfianza y la envidia de los pueblos entre quienes traficaba, y tenía que sufrir, además de las humillaciones que le aguardaban en la China y el Japon, otras análogas en Surate, Cambaya, Coromandel, Persia, Basora y Moka. Impúsose un rigoroso silencio en Holanda á los individuos del consejo, y los interesados no conocían el incremento ó la decadencia de los negocios, sino por la alza ó baja de las acciones. Las seis juntas se cansaron de tan absoluta dependencia, y cada una quiso tener sus arsenales y barcos propios, su caja y sus expediciones. Una vez que la concordia dejó de existir, los Ingleses y los Franceses se aprovecharon, en términos de echar raíces el clavo y la nuez moscada en puntos diferentes de Banda y Ambóina.

Todas estas causas contribuyeron á que mermasen los beneficios de la compañía, y ya en 1730 tenía un déficit de doscientos treinta y tres millones. En 1780 los Ingleses se apoderaron de los cargamentos enviados á Holanda, lo cual obligó á la compañía á suspender sus pagos, y los Estados Generales dispusieron que

diese una cuenta exacta de su situación, apareciendo evidente su decadencia. Desde 1694, los gastos excedían á los ingresos en algunos millones, y para disimular, se contraían empréstitos, que en 1779 llegaron á ciento sesenta y ocho millones de francos, y en 1791 á doscientos treinta y ocho. Los acontecimientos sucesivos no permitieron restablecer el equilibrio y la compañía se disolvió en 1808.

El gobierno se encargó entonces de la administración de las colonias, y Luis Buonaparte, rey de Holanda, envió allí, en clase de gobernador general, al mariscal Daendels, hombre firme y previsor, que llegó en el momento en que los Ingleses amenazaban aquellas posesiones, y en que los príncipes indígenas pensaban sacudir el yugo. Restituyó á los naturales la libertad de comercio, aumentando los servicios corporales necesarios para construir fuertes y caminos; abolió los arrendos exorbitantes hechos por los Chinos, que les producían enormes beneficios con ayuda de medios tiránicos; reprimió la avaricia de los empleados, á los cuales asignó un sueldo fijo, y reorganizó los distintos ramos de la administración, disponiéndose al mismo tiempo para oponer á los Ingleses una resistencia vigorosa. Pero la escuadra de estos interceptó las expediciones, y en lugar de las ganancias con que se contaba, sobrevino una enorme pérdida, suscitando disturbios los príncipes, á quienes el gobernador no había cuidado de favorecer.

Daendels fué reemplazado por el general Janssen (1811), y entonces los Ingleses, al mando de lord Minto, ocuparon á Java. Raffles, que fué nombrado gobernador de ella, organizó la administración según el modelo de la que lord Cornwallis había establecido en Bengala, dejando el régimen municipal como existía ántes del islamismo, y despojando de su autoridad á los príncipes. Irritados estos, urdieron una conspiración para asesinar á los extranjeros; pero la paz de 1814 devolvió la isla de Java á la Holanda. Esta potencia creyó conveniente continuar el plan inglés, nombrando en cada aldea un jefe que tomaba en arrendamiento el producto de las tierras; pero encontrando insuficiente la renta, obligó á los naturales á plantar café, y se adjudicó las dos quintas partes de la cosecha. De aquí resultó una intolerable opresión respecto de los naturales, que vendían su café de contrabando á los extranjeros, sobre todo á los Chinos. Cuando después disminuyó el precio de este fruto, el gobierno, privado de una renta tan considerable, tuvo que contraer un grande empréstito al nueve por ciento, y todas las casas de comercio del país, incapaces de sostener la concurrencia con los Ingleses, que iban á vender allí sus mercancías y comprar aquel género, se arruinaron. Fundóse en 1824 una compañía, con el rey de Holanda á la cabeza, para hacer frente á semejante concurrencia; pero no impidió que el país declinase cada día mas. Diego Negro, uno de los jefes,

movi6 tenaz guerra á la colonia; los Javaneses, viéndose oprimidos, corrian á las armas y peleaban con encarnizamiento, llegando las cosas al punto de que la Holanda, despues de haber gastado trescientos millones en cincuenta años, pensase en abandonar la isla.

Pero Van-der-Bosch, nombrado gobernador de Java en 1830, hizo prisionero á Negoro, concluy6 la guerra, y organiz6 una administracion mejor que las experimentadas. Exigi6 que cada Comun le entregase una quinta parte de los campos de arroz, para cultivar en ellos las plantas, cuyo precio era mas elevado en Europa; en recompensa los eximi6 de impuestos y servicios, y hasta les asegur6 una parte en los beneficios. Ademias estableci6 en todas partes fábricas, con obreros que hiciesen la cosecha y las preparaciones, á las 6rdenes de jefes del pa6s, de suerte que la repugnancia de los naturales al trabajo fué vencida por la facilidad de este y por la esperanza del lucro. El ejemplo les indujo tambien á cultivar por su cuenta las plantas buscadas para venderlas á la sociedad, que pudo extinguir parte de sus deudas, y reanimar la navegacion empleada en los trasportes, mientras que Java se ostenta bien cultivada y populosa, gracias á los Chinos, que industriosos y despreciados como los Jud6os, acuden como ellos donde quiera que hay esperanza de ganancia (1).

Ignoramos la renta de las colonias holandesas, si bien puede asegurarse que es muy grande la que dan las minas, pues Sumatra produce diez millones de libras inglesas de oro en polvo, Borneo por valor de trece millones de francos, Banca cinco millones de libras de estaño. Raffles estima en cien millones de francos la renta anual de Java, y la de las Molucas puede calcularse en veinte millones.

Otras naciones y compa6as no tardaron en ir á las extremidades de Oriente á disputar á los Espa6oles y Portugueses el privilegio de que gozaban hacia mas de un siglo. Boschower, agente de la compa6a holandesa, enviado á Ceilan, se granje6 el favor del rey de aquella isla, que le nombr6 su primer ministro y príncipe de Mongone. De vuelta á Europa, mostr6 á los ojos de sus sobrios compatriotas la pompa de su clase; pero estos se burlaron de él ó no le hicieron caso. Pas6 ent6nces á Dinamarca y propuso á los negociantes de aquel pa6s conducirlos á Oriente. Form6se al momento una compa6a, que envi6 seis barcos; pero Boschower muri6 en la travesía y los Daneses, habiendo

(1) En 1839, la colonia produjo 30.000.000 de kil6gramos de caf6, mas de 40 de azúcar, 680.000 de a6il, ademias del algod6n, la seda, el arroz, la cochinilla, el tabaco, etc.

El sistema establecido allí se halla descrito con mucha detencion en la obra de J. W. B. Money, *Java, or how to manage a colony*. L6ndres, 1861. Con su entrada en Java pag6 Holanda gran parte de su deuda nacional, indemniz6 los poseedores de esclavos en las colonias de Am6rica, y pudo gastar 10 millones por a6o en ferrocarriles. Con el sistema de cultura subi6 la renta de Java á 250 millones, 50 de los cuales se invierten juiciosamente en mejoras. Libre es el comercio de la colonia con la patria.

llegado á la costa de Coromandel, donde nadie habia o6do hablar de ellos, fueron despedidos con mofa.

Los emperadores de Basnagar dominaban en la mayor parte de la península aquende el Ganges; pero el fausto los habia arruinado, cuando acudieron los Patanes, nacion tártara que di6 ocasion á los diferentes gobernadores de hacerse independientes. Uno de ellos, Naiki, accigi6 favorablemente á los Daneses y les dej6 tomar tierra en Tanjour, al paso que sus rivales se unian para excluirlos de los puertos de la India. Al fin la compa6a quebr6 en 1730, y fué disuelta; form6se otra que, por negociaciones con el rey de Ceilan, ocup6 á Tranquebar. Adquiri6 aquella colonia, en medio de tan fuertes pruebas, una gran prosperidad con ayuda de la justicia y de la dulzura, mientras que Espa6a, Portugal y Holanda estaban ocupadas en hacerse mutuamente la guerra. Cuando se restableci6 la paz entre estas potencias, y al contrario Dinamarca se vi6 agitada por disturbios interiores, la colonia declin6 y ap6nas podia sostenerse; sin embargo, ha resistido hasta nuestros d6as. Federico IV envi6 allí misioneros, que desplegaron un valor admirable en su tarea apost6lica, consiguiendo disciplinar las poblaciones. Fué el primero Bartolom6 Ziegenbalg, y despues Enrique Plutschan, á quien debemos la mejor historia de aquellos pa6ses.

Aun fueron m6nos felices las colonias de otros pueblos del Norte. Avergonzándose el Austria del estado de languidez en que habia ca6do en sus manos aquella Flándes tan floreciente bajo los duques de Borg6a, y de ver crecer la yerba en sus calles, pobladas en otros tiempos de millares de artesanos y pescadores, quiso formar en Ostende una compa6a de las Indias, con los privilegios mas extensos. Los Flamencos, con la esperanza de ver renacer su pa6s, prestaron voluntariamente los fondos necesarios, y pronto se reunieron seis millones de florines. Estableci6ronse dos bancos en Coromandel y en las orillas del Ganges, y se proyectaba fundar otro en Madagascar; pero los Ingleses y los Holandeses pusieron constantemente trabas á la empresa, hasta que Carlos VI convino en sacrificar la compa6a de Ostende, para que aquellas dos potencias no se opusiesen á la pragmática sancion, esto es, á la sucesion de su hija. Los capitales pasaron ent6nces á Estokolmo, donde se form6 una compa6a sueca, siempre lánguida y espirante, aunque á veces lograba enormes beneficios.

Federico II de Prusia no quiso que su nuevo reino estuviese privado de lo que la moda imponia á los demas, y habiéndose puesto en contacto con el mar, mediante la adquisicion de Ostfrisia, estableci6 en Emden una compa6a, con el capital de cuatro millones. Seis barcos se dieron á la vela para la China; pero ap6nas sacaron con qué cubrir los gastos. No obtuvieron mejor resultado en Bengala, y en 1762 la compa6a de mercaderes cedi6 el lugar á las

de guerreros, que parecian mas propias de aquel pa6s.

Francia tard6 respecto del Asia, como le habia sucedido tocante á la Am6rica, en tomar parte en las expediciones y colonias. Tambien esta vez abrieron el camino los intr6pidos marinos de Bretaña y Normandía, entre otros Francisco Pirard de Laval, que habiendo naufragado en las Maldivas, aprendi6 la lengua del pa6s, cuya descripcion exacta nos ha dejado. En 1604 Enrique IV habia formado una compa6a; pero muri6 por sí misma. Reginon de Dieppe trat6 de reponerla en 1633, y despues de infructuosos esfuerzos en las Indias, dirigi6 la vista á Madagascar, isla muy fértil en arroz, algod6n goma, resina, ámbar gris, ébano, madera de tintes, estaño, oro, y sobre todo hierro y bueyes. Los Portugueses se habian establecido allí en 1548: los Holandeses les sucedieron: Rigault obtuvo del cardenal de Richelieu por diez a6os el privilegio de comerciar en aquella isla; pero las malas disposiciones de los naturales y el aire pestilencial de las costas obligaron á los Franceses á alejarse.

Colbert, que habia comprado en m6nos de un mill6n todas las colonias fundadas por particulares en las diferentes islas de Am6rica, deseando aumentar la gloria del *gran rey*, quiso tambien dotar á la Francia de una compa6a mercantil, que no cediese á ninguna otra, á lo m6nos en magnificencia. Mientras que la de Holanda habia empezado con catorce millones, el capital de la francesa ascendi6 á quince; se concedi6 una prima por cada tonelada de mercancías exportadas ó importadas; se declar6 francos á todo extranjero que emplease en la compa6a veinte mil francos, y podia adquirirse la nobleza por los servicios que se prestasen á aquella sociedad. El rey, los príncipes y todos los grandes se6ores tomaron acciones, como tambien los comerciantes de los puertos del Océano. Marcharon de nuevo con tan brillantes esperanzas á instalarse en el aciago Madagascar; pero el clima extermin6 á los colonos, y puso á prueba la constancia de los Franceses, que no tienen. El crédito, inspirado por tan grandiosos principios, se desvaneci6, y los insulares asesinaron á los Franceses que habian permanecido en su territorio.

Mejor éxito alcanzaron en la India. Habiéndose indispuesto con la compa6a holandesa un antiguo factor de ella, llamado Caron, introdujo á los Franceses en Surate, donde fundaron un banco, y en Santo Tomas, que tomaron á viva fuerza; pero el príncipe de aquel pa6s lo recobr6 con ayuda de los Holandeses, y los Franceses tuvieron que retirarse; ent6nces se dirigieron á Pondichery en la costa de Coromandel.

La natural impaciencia de esta nacion y el querer la administracion someterlo todo, impidieron el libre desarrollo de las empresas comerciales: al contrario, los due6os de plantaciones no teniendo que ejercer en ellas una

vigilancia fácil, y reportando prontos beneficios, prosperaron rápidamente. Instituciones mas liberales regian siempre en las colonias; los extranjeros no eran excluidos de ellas, y podian visitarlas ó establecerse allí. No estaban bajo la inspeccion de comisionados especiales, sino que dependian directamente del ministro de marina: y la administracion militar y civil se hallaba dividida entre un gobernador y un intendente, que se unian en casos de necesidad.

Por aquella época Constantino Phaulcon, aventurero griego, hijo de un Veneciano, primer ministro del rey de Siam, habia formado el proyecto de suplantarlo á este, y ofreci6 á los Franceses el monopolio del pa6s si querian ayudarle á apoderarse del trono. En un tiempo en que la adulacion era el arte universal, los factores de la compa6a calcularon que Luis XIV se alegraria de recibir una embajada de Oriente y se la enviaron á Versalles. Reson6 toda Europa con el triunfo; el rey de Francia hizo ostentacion de aquellos embajadores que habian venido desde las extremidades de Oriente á tributarle homenaje; pero aun duraba la embriaguez de tales incienso, cuando Phaulcon era derrotado por los Siameses. Algun tiempo continuaron las buenas relaciones entre la Francia y el reino de Siam, que ha adquirido fama de pa6s excesivamente rico y poderoso, siendo así que no tiene sino gente pobre y de escaso valer; pero en las sucesivas revoluciones los Franceses perdieron el crédito y sus posesiones, y la compa6a fué expulsada ignominiosamente. Habiendo estallado despues la guerra, los Holandeses les quitaron á Pondichery, y lo que es peor, los millares de corsarios lanzados de los puertos de Francia en barcos ingleses introducian tantas mercancías orientales, que estas perdieron su valor en el mercado, con gran detrimento de la compa6a.

En la paz se recobr6 á Pondichery; se fortific6 y agrand6, y el director general traslad6 allí su residencia. Aquella ciudad está situada en la posicion mas favorable para proporcionarse los diamantes de Golconda, de Visapur, como tambien la seda, las especias, los perfumes de toda la costa de Coromandel y del Golfo de Bengala; de modo que recibe y trasmite con facilidad los cambios entre la Europa, la India y la Persia. Su comercio mas activo era de telas, que se elaboraban en Golconda, y se teñian en Pondichery. Sin embargo, la compa6a fué siempre declinando, á pesar del favor del gobierno de que dependia, y se vi6 reducida á vender su privilegio á los armadores de San Mal6, no atreviéndose á hacer el comercio en su nombre, por temor de que los acreedores se apoderasen de los buques. Cobr6 cierta vida artificial al aparecer el famoso sistema de Law (1), que uni6 á ella la compa6a del Mississippi; pero al desvanecerse aquel fantasma, se

(1) Véase nuestro libro XVII, cap 2.